

Reto de Integración

## Cenicientas del Caminás

Las mujeres inmigrantes se han convertido en el objetivo más vulnerable de las redes de explotación sexual y representan más del 95% de las prostitutas de la calle en Castelló

Inmigrante, sin recursos económicos y mujer... Los submundos de la explotación sexual de la capital de la Plana han escogido desde principios de década el perfil de su víctima más vulnerable.

Cada día, se cobijan de miradas indiscretas, entre naranjos o al calor de una hoguera, los rostros que reflejan la eterna asignatura pendiente de la integración intercultural, las excluidas de los excluidos; soñadoras con alma que esperan su príncipe azul. Son el tabú de la doble moral. Son las cenicientas del Caminás.

Los últimos estudios de entidades como la Fundación Isonomía y la Asociación Ciudadana de Lucha contra el SIDA de Castelló (CASDA) apuntan a que más del 95% de las prostitutas que ejercen en la ciudad de Castelló son inmigrantes. A la barrera del idioma, la burocracia, la falta de documentación y la aceptación social se suman la amenaza de mafias, el maltrato de pareja, los riesgos sanitarios y las secuelas psicológico-afectivas. Semana a semana desde los últimos nueve años, los trabajadores de la ONG CASDA acuden al Caminás para facilitar a las prostitutas preservativos, atención sanitaria y apoyo socioafectivo. Su labor se limita a acompañarlas y mantener su salud en el mejor estado posible ayudándoles a prevenir enfermedades de transmisión sexual como el SIDA.

Manuel Gregorio es uno de los coordinadores de CASDA y fue testigo de cómo a partir de 2001 las prostitutas nacionales se extinguieron casi en su totalidad y dejaron paso a las extranjeras. Según explicó ayer Gregorio, el objetivo es «asegurar el estado de salud de estas mujeres sin juzgar lo que hacen o por qué con la esperanza de que, si en algún momento pueden volver a una vida normalizada, no hayan contraído una infección que les hipoteque su futuro».

Al mismo tiempo, la labor de CASDA previene la extensión del contagio de SIDA entre los clientes, que posteriormente corren el riesgo de extenderlo a sus parejas. Durante los últimos años, el apoyo de la Generalitat Valenciana y del ayuntamiento ha permitido aumentar el grado de cobertura y ofrecer a las trabajadoras sexuales revisiones gratuitas en la clínica ginecológica de la asociación. El resultado es esperanzador y el 99,83% de las mujeres que se han sometido a un análisis de sangre han dado negativo en la prueba del VIH.

El mandato de la organización se limita a la salud sexual, pero el contacto diario ha convertido a sus trabajadores sociales en los mejores conocedores de estas mujeres inmigrantes. Este acercamiento se ha traducido en muchos casos en el puente para permitir la reinserción sociolaboral de algunas de ellas —aunque lo cierto es que son las menos—. Ésta es la esperanza que reina entre laberintos de acequias y vestigios de una historia de Castelló impregnada de aromas romanos y moriscos.

Son las 11.47 horas y la Policía Nacional lleva a cabo sus controles rutinarios en la zona mientras la furgoneta de CASDA se dispone a recorrer un día más el camino para visitar a sus chicas y facilitarles preservativos. Carme conduce el vehículo y tiene claro su cometido. «Nosotras simplemente las acompañamos y las ayudamos. Si una es maltratada y quiere denunciar, la llevamos a denunciar. Pero si no quiere hacerlo, no le diremos nada. Le curaremos las heridas». Esta estrategia ha permitido a Carme ganarse la confianza de las chicas durante los últimos tres años.

Sonia, una rumana de 25 años, espera en la primera parada del recorrido. Recoge sus preservativos y no tiene problemas en explicar que trabaja desde hace 3 años en el Caminás. No le gusta su trabajo y hace un tiempo logró un empleo limpiando casas, pero la crisis también fue implacable con ella y ha vuelto a la calle «para poder comer».

Los lugares, los países de procedencia y los tiempos cambian, pero la historia de Sonia no es muy diferente de la de Cassandra, Sophi, Juliet u otras tantas que quieren esconder su nombre y su rostro. Unas tienen miedo de sus chulos o «maridos», otras de que sus vecinos las reconozcan y el rechazo social les cierre un futuro empleo fuera de la prostitución.

Casi todas explican que, como inmigrantes, si fueran hombres les sería más fácil integrarse y encontrar un trabajo. Un obstáculo aún mayor perciben las que aseguran que sufren aún más el rechazo porque su piel es negra. Es el caso de Joy, una joven nigeriana que pese a ello no deja de sonreír y relata con esperanza una de las decenas de historias que corren entre los huertos acerca de compañeras que lograron un empleo en la



Cenicientas del Caminás robert nuñez

naranja, limpiando estaciones de tren, en Marina D'Or o que incluso lograron montar su propio comercio.  
«Quiero sólo un empleo y un hombre bien guapo, un príncipe azul».